



R
E
S
I
G
N
A
N
C
I
O
N

Señor, si te dijera
que mi vida es estéril, mentiría;
cada instante de mi monotonía
es una primavera
de amor y bendición.

Yo sé que el sufrimiento
es un lazo de unión con mis hermanos;
que en mis actos humanos
hay un divino aliento
que me asemeja a Tí, mi Hermano y Dios.

Cada instante que pasa es un tecoro
si lo baña tu sangre redentora;
nuestra amargura y lloro
se tornasola con primor de aurora
y nuestra vida —líquido incoloro—
se funde con tu vida,
como el agua ritual, en cáliz de oro.

Tu divina grandeza
la quisiste prendida
en nuestro pobre lodo,
y la uniste de modo
que en la divina plenitud del todo
Tú fueras el Modelo y la Cabeza,
La Cabeza de espinas coronada,
taladrada de inmensas amarguras!
Pretenderá la nada
vivir bogando en lagos de dulzura?

Nuestro dolor humano
junto al tuyo, Señor,
pequeña gota en el enorme oceano;
tristeza y alegría
dulzura y llanto
acordes son de tu inefable canto.

No me quejo, Señor,
de mi monotonía:
la noche ornada con primor de estrellas
puede quejarse de que no es el día!...

Los Teques—en mi enfermedad.

L. E. HENRIQUEZ, Pbro.